

Entrevista





Entrevista a Juan Manuel Burgos sobre su obra "Repensar la naturaleza humana"

Por Gabriel Yunes¹

Juan Manuel Burgos en su libro *Repensar la Naturaleza Humana* (Ed. Eiunsa, Pamplona 2007, España) caracteriza las posiciones actuales respecto al entendimiento de la naturaleza y, más precisamente, de la naturaleza humana. Propone además una transición hacia la persona como unidad irreductible de lo humano donde lo corporal y lo biológico adquieran un sentido como parte de esa totalidad en busca de su completitud y dinámica autoteleológica. La naturaleza, allí donde se designe el modo de ser común de los hombres, sería reemplazada por el concepto de humanidad. En similares términos, Burgos analiza también la concepción de la familia como institución natural y la ética como anclada en una ley natural.

Aprovechando la ocasión que nos brinda el Dr. Juan Manuel Burgos, profundizaremos en su propuesta señalando aspectos problemáticos o rescatando posibles objeciones a la posición personalista.

Gabriel Yunes - Entre los inconvenientes que Ud. descubre en el concepto clásico de naturaleza se encuentra su tendencia a favorecer el entendimiento del hombre desde los rasgos de estaticidad, rigidez y exterioridad. Esto se debe al llamado "lastre griego", que no desaparece en el concepto metafísico de naturaleza y que lo hace retornar en una pendiente a su origen en el mundo de las cosas. Sin embargo, ¿existe una dimensión en ella, distinta de lo biológico-somático, que no puede asumir del todo en tanto su misma libertad es relativa a un Otro que lo sostiene en el ser? Diciéndolo de otro modo: aunque la persona es subsistencia, autoteleología y autoposesión, ¿no cree Ud. que hay en ella una pasividad propia de su condición creatural?

Juan Manuel Burgos - La persona humana es, por supuesto, un ser limitado, y un ser que se percibe a sí mismo como recibido. No hemos decidido ni nuestra existencia ni nuestro modo de ser. Somos de un modo determinado independientemente de nuestro querer. Y eso significa que nuestra autoposesión y capacidad de autodeterminación es limitada. No podemos ser lo que queremos; sólo podemos decidir de nosotros mismos en un determinado ámbito de posibilidades. En definitiva, el hombre es libertad y determinación. Siempre lo ha sido y siempre lo será, aunque sea capaz de ampliar sus ámbitos de libertad mediante el trabajo. El reto de la antropología es describir al hombre adecuadamente, es decir, mostrando con la mayor precisión posible ambos aspectos. Desde mi punto de vista, el concepto clásico de naturaleza insiste demasiado en el aspecto de determinación y por eso, debe ser revisado para que tenga en cuenta que el hombre es un ser que tiene cierto grado de autodeterminación. Pero esta revisión no debe conducirnos al error opuesto, que consistiría en resaltar excesiva o exclusivamente la libertad. Como digo, el hombre es libertad y determinación. Y ambas cosas, en último término, nos llevan al Origen, es decir a Dios. No solo la pasividad, sino también y sobre todo la libertad. Es la libertad la que nos lleva a un Dios entendido como un Tú personal.

G.Y.- Una cuestión que tal vez surge espontáneamente y que Ud. comienza a responder en su libro es: ¿qué posibilidad tenemos de mantener el ámbito común de lo humano, entre sí y con el resto de las cosas creadas, si no contamos con un término medio como el de naturaleza que dé cuenta de lo que es igual en todos los seres independientemente de sus rasgos individuales? ¿Se supera la dificultad anterior recurriendo al carácter relacional de la persona, o a un modo de ser común indeterminado?

J.M.B.- Distinguiría entre el ámbito común de lo humano y el ámbito común con las cosas creadas, que no me parece tan común. Para mostrar el primer ámbito se puede usar tanto el término naturaleza como el de persona. El término naturaleza humana refleja lo común a todos los hombres y me parece bueno, correcto y adecuado para mostrar este hecho tan evidente. Como digo expresamente en el libro, el concepto de naturaleza me parece

¹ Miembro del Instituto Emmanuel Mounier Argentina.



irrenunciable. Quede claro, por tanto, que no estoy proponiendo en ningún momento su desaparición. También se puede usar el término persona que refleja todo el ser humano: lo común y lo individual o irreductible. Cualquiera de estas dos expresiones me parece que expresa correctamente la evidente comunidad que existe entre los hombres. Si vamos ahora a la cuestión de la comunidad entre el hombre y el resto de las cosas creadas, diría, en buena perspectiva personalista que, siendo parte de este mundo, lo que nos asemeja a los otros seres es menor que lo que nos separa. En otras palabras, creo que nos diferenciamos radicalmente -no totalmente- de los animales (y más aún de los otros seres) y esta diferenciación se tiene que reflejar en los conceptos filosóficos.

G.Y.- La precaución que toma respecto del concepto de naturaleza, ¿en qué medida lo deja expuesto aún más al peligro del tipo de utilización que de él hace, efectiva o implícitamente, la vertiente culturalista?

J.M.B.- Tomar precauciones con respecto al término naturaleza tiene sus riesgos. Soy consciente de ello. Pero también los tiene no tomarlos. El problema, desde mi punto de vista, es que el concepto de naturaleza es problemático por sus orígenes griegos. Y la antropología que lo ignore cae inevitablemente en un cosismo que produce un hombre árido, sin subjetividad ni afectividad y escasamente dinámico. La contrapartida sería caer en el culturalismo y convertir al hombre en un ser sin naturaleza. Mi postura es intermedia. Yo no abogo por no usar el término naturaleza -insisto en ello- sino por usarlo con cuidado y siendo consciente de los problemas teóricos que arrastra. Lo que me preocupa es el uso ingenuo de este término que estima que, por el mero hecho de emplearlo, se aseguran y defienden automáticamente toda una serie de valores. Para bien o para mal, la realidad y la historia de la filosofía hacen que todo sea mucho más complejo. En teoría, el término naturaleza no tendría por qué ser problemático, podría limitarse a reflejar lo común a todos los hombres, pero de hecho, por su origen griego, lo es. La naturaleza, originariamente, es la *physis*, el mundo de lo natural, es decir, lo no humano. Para Aristóteles, la esclavitud era natural. Eso es lo que hay que saber; y, si se sabe, no veo problemas para utilizarlo.

G.Y.- Reconociendo el tradicional vínculo que existió entre la persona y la naturaleza, ¿qué riesgo existe de que, apuntando ese origen, se

niegue, a la manera en que sucedió con el concepto de naturaleza, la pertinencia del concepto de persona en los debates? De manera inversa: ¿no podría suceder también que se argumente contra la persona como un concepto teológico porque no tiene una base natural que le permita predicarse de todo hombre?

J.M.B.- La relación entre los conceptos de persona y naturaleza es probablemente uno de los temas más complejos y difíciles de la antropología. Aquí siempre estaremos en las fronteras del misterio. Pero, contestando más específicamente a su pregunta, creo que los dos conceptos no son paralelos porque el de persona: 1) está aceptado culturalmente de manera generalizada y, por lo tanto, hoy en día no es cuestionable; y 2) desde un punto de vista filosófico no presenta los problemas que tiene el de naturaleza porque es post-griego y, por lo tanto, no está afectado por la tendencia hacia el naturalismo característica de lo griego. Por último, el concepto de persona procede de la experiencia más evidente; la persona está ahí, es un dato que se presenta a mi inteligencia y a mi sensibilidad. No veo entonces cómo se podría justificar la afirmación de que es un concepto teológico. Otra cuestión es que nos planteemos justificar la dignidad humana o la asignación al hombre de un valor absoluto. Este aspecto es ciertamente más complejo, menos directo, pero aún así, entiendo que cabe una fundamentación puramente filosófica basada en la dimensión espiritual del hombre que nos muestra la experiencia fenomenológica.

G.Y.- ¿Todo hombre es persona? ¿Qué recursos teóricos tenemos para mantener la personalidad de un no-nacido o de alguien pendiente de máquinas para suplir prácticamente todas sus funciones corporales?

J.M.B.- Para mí, desde luego, persona y hombre o ser humano se identifican. He estudiado este tema en concreto en el ámbito de la bioética ante las propuestas de autores como Singer, Engelhardt y otros que postulan una separación entre el ser humano y la persona, y creo que hay buenos recursos teóricos para rechazar su postura. Apuntaré dos. En primer lugar, la persona no es un mero flujo de vivencias, tiene un núcleo que le permite mantener una identidad específica y unitaria ante los cambios y que podemos denominar identidad personal o, desde una perspectiva ontológica, sustantividad o substancia. Este núcleo es el depositario último de la dignidad que es



siempre inmodificable. El segundo argumento se apoya en que la persona es un ser narrativo y biográfico, no es un ser estático y actual; en otros términos, es propio de la persona variar continuamente y hay que asumirla de este modo. Las fases iniciales y terminales de la vida son fases normales del ser personal, no excepcionales. El hombre nace, crece y muere. ¿Por qué limitar la realidad de lo humano exclusivamente a la fase adulta y plena? Esta propuesta es tan incoherente que se enfrenta con un argumento muy difícil de superar: el de la persona dormida. Si para ser persona hay que ser autoconsciente, ¿qué pasa con el hombre dormido? ¿Deja de ser persona? ¿Somos personas ahora y no lo somos dentro de cinco minutos? Por otro lado, me pregunto por qué nadie plantea esta argumentación en el reino animal, es decir, por qué nadie se cuestiona si un huevo de águila es o no es un águila. ¿Por qué nos hacemos esas preguntas sólo para el hombre?

G.Y.- Detrás de la autoteología que se funda en el sujeto y que en él encuentra su principio y fin, ¿se podría revelar un "lastre moderno" que nos desliza por la pendiente del subjetivismo? En tanto la figura explicativa de lastre nos conduce a pensar en elementos conceptuales que ya están desde el origen operando, ¿cómo evitar confundir el inevitable condicionamiento histórico de nuestros conceptos con su validez, o, mejor aún, con el original espíritu de una filosofía?

J.M.B.- En la autoteología (que es un término de Karol Wojtyła) hay una específica asunción de una parte de la filosofía moderna y, en concreto, de la subjetividad. Y, consecuentemente, se admite que el sujeto es fin para sí mismo. Pero esto hay que entenderlo bien. Ante todo remarco que la autoteología no renuncia a la teleología, sino que es un factor añadido. En otros términos, lo que quiere mostrar es que el hombre, cuando busca cosas fuera de sí mismo también (no exclusivamente) se está buscando a sí mismo. Este planteamiento puede que sea una novedad filosófica pero viven-

cialmente es muy antiguo y tiene incluso raíces evangélicas: "amarás al prójimo como a ti mismo". Además, es esencial distinguir subjetividad de subjetivismo. La subjetividad es objetiva, es real, hay que asumirla si queremos hacer una antropología verdadera. El subjetivismo, por el contrario, es un error filosófico. Por último, y en relación al condicionamiento histórico de nuestro conocimiento, le diría que, como ha mostrado brillantemente la hermenéutica frente al racionalismo cartesiano, todo nuestro conocimiento está condicionado porque nunca partimos de cero. Siempre que pensamos lo hacemos sobre la base de nuestra historia personal y colectiva. Pero esto no es necesariamente una dificultad ni una justificación del relativismo. Es también objetivo; es, de hecho, el modo del conocimiento humano y, además, es bueno; si esto no ocurriera seríamos siempre como niños recién nacidos que, por no tener presupuestos, no comprenden nada. Lo que sucede es que esos presupuestos hay que analizarlos, hay que comprobar si son verdaderos, precisos o mejorables. Y esa es la tarea del filósofo.

G.Y.- ¿Podría extenderse en la posición que Ud. toma referente a la predisposición que como intelectuales debemos lograr para que se nos escuche, por una parte, y nuestro deber con la verdad, por otra?

J.M.B.- La respuesta la encontramos en el esplendor de la verdad. La verdad es atractiva y, si procuramos hablar en la verdad, se nos escuchará. Al mismo tiempo -y es parte de la verdad- hemos de ser humildes e inteligentes para darnos cuenta de que nadie puede estar en posesión plena de la verdad y que, a los filósofos, ésta se nos presenta sobre todo como un camino que hemos de recorrer en común. No soy partidario de la duda como motor de la filosofía sino del deseo de conocimiento, pero dada la complejidad del mundo y la limitación de nuestra inteligencia ese deseo siempre será itinerante. De esto hay que ser plenamente consciente.

